

4.- Mejor placer para los Hedonistas:

Desarrollo

5.- ¿Qué es la virtud para los Estoicos?

Obra en armonía, razón y naturaleza

6.- Lugar del hombre en el esquema de Plotino:

El Intelecto y la Materia

7.- Fundador del Estoicismo:

Zenón

8.- Fin del hombre para Epicuro:

Felicidad en el Placer

9.- Nombre con que designa Plotino a Dios:

Uno

10.- El Panteísmo de Plotino resulta como consecuencia del proceso de

Emanación

NOTA: Las respuestas de la autoevaluación las encontrarás al final de la unidad VIII.

CAPÍTULO IV.

FILOSOFÍA GRIEGA

EL HELENISMO.

PERÍODO DE DECADENCIA DE LA FILOSOFÍA ANTIGUA.

La doctrina de Aristóteles fué la culminación de la filosofía en Grecia. Después de él, sólo encontraremos algunas figuras secundarias, que cultivaron temas particulares, preferentemente el de la Ética. Los romanos tampoco se dedicaron con empeño a las especulaciones filosóficas. Así pues, la decadencia helénica abarca también a los autores del Imperio Romano. Podemos catalogar estas tenues luces de la cultura filosófica en cuatro tendencias principales: el estoicismo; el hedonismo; el escepticismo; el eclecticismo. Como Remate de todo este período, en el siglo III a. C. brilló el pensamiento de Plotino, con su doctrina llamada Neoplatonismo.

A. ESTOICISMO.

Su fundador es Zenón de Cicio que vivió entre el 342 y 270 a.C. y tiene representantes romanos de gran renombre, como Séneca y el emperador Marco Aurelio. También Epicteto y Posidonio.

Los estoicos no buscan ya la ciencia, sino que la suponen para alcanzar la felicidad por medio de la virtud.

La virtud consiste en obrar (en armonía) de acuerdo con la naturaleza y la razón.

Las virtudes pueden ser de tres tipos:

Racionales, fundadas en la lógica.

Naturales, fundadas en la física.

Morales, fundadas en la ética.

1. LÓGICA.

El problema fundamental de la lógica estoica es el criterio de la verdad. Todo conocimiento humano procede de la experiencia, de ahí que en cuanto al origen del conocimiento los estoicos tienen una teoría empirista.

2. FÍSICA.

El concepto fundamental de la física estoica es el de un origen inmutable, racional, perfecto y necesario que gobierna y dirige infaliblemente todas las cosas y las hace ser y conservarse como son. Los estoicos identifican este orden con Dios mismo (sólo que no incorpóreo sino material), de modo que su doctrina es un riguroso panteísmo.

3. ÉTICA.

Dios ha confiado la realización y la conservación del orden perfecto del cosmos en el mundo animal a dos fuerzas igualmente infalibles: el instinto y la razón. El instinto guía infaliblemente al animal en su conservación, nutrición y reproducción. La razón es la fuerza infalible que garantiza la armonía del hombre consigo mismo y con la naturaleza. De ahí que el ideal del hombre consiste en gobernarse exclusivamente por la razón, sin dar lugar a los impulsos de las pasiones. Toda pasión es mala y no debe seguirse. Los grados más elevados de la vida estoica están sellados por la **impasibilidad** que es un equilibrio y serenidad completas frente a los efectos, pasiones y contradicciones de la vida. El estoico debe renunciar a los placeres y soportar los dolores y penalidades propias.

La ética de los estoicos es fundamentalmente una teoría del uso práctico de la razón, es decir la búsqueda de la armonía entre la naturaleza y el hombre.

Entre las distintas virtudes, sobresalen las siguientes: la justicia, el amor al prójimo y la amistad.

Séneca nos da una idea más clara del pensar de esta escuela.

LA FILOSOFÍA Y LA VIDA.

Harto sé, mi caro Lucilio, que es evidente para tí que nadie puede llevar una vida feliz y ni siquiera soportable sin la pasión de la sabiduría; y que la vida bienaventurada es fruto de la perfecta sabiduría; y la vida tolerable es hija de la sabiduría increada. Pero a esta evidencia hay que afirmarla; y arraigarla cada día más profundamente, pues es tarea más difícil llevar a la práctica los propósitos que concebirlos. Hay que tener perseverancia y acrecentar la robustez con un trabajo asiduo hasta que la bondad del alma iguale la bondad de la voluntad. Así que no es menester que me lo certifiques con más palabras y más largas razones: bien veo que tus muchos aprovechamientos, sé que es lo que inspira tus escritos, lo que me dices no es ni fingido ni afectado. No obstante, decirte he lo que siento; me inspiras esperanza, pero no todavía confianza. Esto mismo quiero que hagas tú; no tienes porque creer ni pronta ni fácilmente. Examínate tú mismo y obsérvate por todos lados, y antes que todo mira si es en la filosofía donde progresaste o en la vida. La filosofía no es un señuelo para deslumbrar al pueblo, ni es propia para la ostentación; no consiste en palabras, sino en obra.

No tiene tampoco por objeto pasar el día con un apacible entretenimiento, para quitar su náusea a la ociosidad: ella forma y modela el alma, ordena la vida, gobierna los actos, muestra lo que debe hacerse y lo que debe omitirse, está sentada al timón, y dirige la ruta entre las dudas y las fluctuaciones de la vida. Sin ella, nadie puede vivir exento de temores; nadie puede vivir con seguridad; a cada hora acaecen accidentes innumerables que reclaman un consejo que sólo a ella debe pedirse. Alguno dirá: "¿De qué me sirve la filosofía si existe la fatalidad? ¿Qué provecho se saca de ella si Dios es el soberano gober-

nador? ¿Qué utilidad tiene si la casualidad es quien impera? Porque ni pueden cambiarse las cosas ciertas ni ninguna prevención puede tomarse contra las inciertas, porque Dios se anticipó a mi determinación y decretó lo que yo había de hacer, o la fortuna nada conciente a mi libre albedrío". Séase lo que se quiera de estas dos opiniones, mi caro Lucilio, o si son ciertas ambas dos, no obstante hay que filosofar ora los hados nos encadenen a su inexorable tiranía, ora Dios, árbitro del universo, disponga todas las cosas a su voluntad, ora la casualidad empuje sin orden y guíe a ciegas las cosas humanas: la filosofía debe ser nuestra defensa. Ella nos exhortará a obedecer a Dios de buen grado y a resistir a la Fortuna, con una férrea obstinación; ella te enseñará que sigas a Dios, a que soportes el hado. Pero ahora no es hora de entrar a discutir lo que está en nuestro poder; si la providencia tiene el dominio de todo o si la sucesión de los hados nos lleva a la trailla o si quien señorea es lo imprevisto y lo rusco; ahora, volviendo a mi tema, te aviso y te exhorto a que no permitas que desmaye y se enfríe el ímpetu de tu vida. Sosténlo y afirmalo a fin de que lo que es el ímpetu de tu alma llegue a ser el hábito de tu alma.

Ya desde el principio de esta carta, si te conozco bien, habrás mirado, sin duda, curiosamente, de qué presente eran portadoras estas letras más: examínalas mejor y lo encontrarás. No te extrañe mi proceder; aún ahora soy liberal de la hacienda ajena. ¿Por qué he dicho ajena? Todo lo que alguno dijo bien, mío es. También este es un dicho de Epicuro: "Si vivieras según la Naturaleza, nunca serás pobre; si vivieras según la opinión, nunca serás rico". La Naturaleza desea muy poco; la opinión desea la inmensidad. Acumúlese en tí todo lo que poseyeron muchos ricos; encarámate la Fortuna por encima del nivel de las riquezas privadas; cúbrete de oro, vístete de púrpura, condúzcate a tal extremo de refinamiento y de opulencias que enloques con jaspes el suelo, en una palabra, que no

solamente puedas tener riquezas sino que puedas hollarlas bajo tus pies. Alléguese estatuas y pinturas y todo cuanto las artes todas labraron por el lujo. Todo ello te enseñará a codiciar más. Los deseos naturales tienen su tasa y su medida; más las codicias nacidas de falsa opinión no tienen límite; lo falso carece de término alguno. Quien sigue su camino llega a su cabo; mas el extravío es inmenso. Apártate, pues, de toda cosa vana, y cuando quisieres saber si lo que deseas viene de la Naturaleza o de la ciega codicia, piensa si puede detenerse en algún punto. Si, habiendo avanzado mucho, queda todavía algo de lontananza, sabe que esto no es natural.

Ten salud.

Carta XVI a Lucilio

SÉNECA.

HEDONISMO.

Epicuro, nacido en Samos en el 342-270 a.C. es contemporáneo de Zenón de Cicio, y sostiene una filosofía moralista diametralmente opuesta a éste.

Tanto durante su vida como después de su muerte, los discípulos y los amigos le tributaron honores casi divinos y procuraron modelar su conducta social sobre su ejemplo. "Obra siempre como si Epicuro te viera", era el precepto fundamental de la escuela.

Cuatro son los consejos que se le dan al hombre:

- 1º. Libertar a los hombres del temor de los dioses, demostrando que por su naturaleza feliz no se ocupan de los asuntos humanos.
- 2º. Libertar a los hombres del temor a la muerte, demostrando que no es nada para el hombre: "Cuando existimos nosotros la muerte no existe, cuando existe la muerte no existimos nosotros".
- 3º. Demostrar lo cercano del límite del placer.
- 4º. Demostrar la lejanía del límite del mal, del dolor.

Así pues, Epicuro sostiene como sumo bien del hombre el placer,

El fin del hombre en la consecución del bien sumo, representando en el placer, de ahí la regla de conducta: "Procura el máximo de placer con el mínimo de dolor".

Epicuro distingue dos clases de placer: el placer en el movimiento y el placer en el descanso. Sólo este último que consiste en la ausencia del dolor, es el verdadero placer puro, sin mezcla de esfuerzo o de pena.

La razón debe elegir oportunamente, prefiriendo entre los placeres, el mejor. Debe abstenerse el hombre de ciertos placeres

cuando con ello se evitan dolores subsiguientes o mayores. Y sufrir también deliberadamente algún dolor, si ha de proporcionar un placer mayor.

LA ETICA HEDONISTA: EL BIEN Y EL PLACER.

Se ha de considerar que de entre los deseos unos son naturales y otros superfluos y de entre los naturales unos necesarios, otros naturales únicamente. De entre los necesarios, unos son necesarios con respecto a la felicidad, otros con respecto a la tranquilidad del cuerpo y otros con respecto a la misma vida. Así, una teoría exacta de ellos sabe referir todo elegir y evitar a la salud del cuerpo a la ataraxia (tranquilidad) del alma. Esto, pues, es el final de vivir con felicidad. Con miras a esto hacemos todas las cosas, para no sufrir ni temer. Una vez que esto nos ocurre, se disipa toda agitación del alma, no teniendo el ser viviente que dirigirse a algo que, según él, le hiciera falta, ni que buscar otra cosa mediante la cual alcance el bien del alma y del cuerpo. Pues tenemos necesidad del placer en el momento en que no se da él presente; pero cuando no sufrimos, ya no necesitamos del placer.

Y decimos por esto que el placer es principio y fin de vivir con felicidad puesto que lo hemos reconocido como el bien primero e innato; a partir de él iniciamos todo elegir y evitar y a él llegamos al juzgar todo bien teniendo como norma la sensación.

Y puesto que esto es el bien primero e innato, por esto también no elegimos todo placer, sino que a veces desechamos muchos placeres cuando de ellos se deriva

mayor molestia para nosotros; y consideramos muchos sufrimientos superiores a placeres, cuando sigue mayor placer para nosotros durante largo tiempo después de haber soportado sufrimientos. En efecto, todo placer por el hecho de encontrarse acomodado a la naturaleza es un bien, pero no todo placer, sin embargo, es digno de ser elegido; de la misma manera que todo sufrimiento es un mal, pero no todo sufrimiento es del tipo que tenga que ser siempre evitado. Sin embargo, conviene discernir todas estas cosas por conmensuración y consideración de lo conveniente y de lo inconveniente; pues en algunos momentos (casos) hacemos uso del bien como de un mal y, por el contrario, del mal como de un bien.

Y consideramos que la autosuficiencia (autarquía) es un gran bien, no para hacer uso de poco en todos los casos, sino que para que cuando no tengamos mucho, nos contentemos con poco; convencidos acertadamente de que gozan más agradablemente de la abundancia los menos necesitados de ella, y de que, por un lado, todo lo natural es fácil de procurarse por lo superfluo es difícil de procurarse; de que los simples sabores aportan igual placer que una exquisita alimentación, cuando es eliminado todo dolor producido por la necesidad. El pan y el agua producen en el más grande placer cuando alguien, necesitado, los toma. El acostumbrarse, pues, a alimentaciones simples y no costosas es esencial para la salud y vuelve al hombre ágil en las actividades necesarias de la vida y nos dispone mejor para las cosas exquisitas que cada cierto tiempo nos pueden llegar; también hace al hombre valeroso ante la fortuna (buena o mala). Ciertamente cuando decimos que el placer es el fin, no significamos los placeres de las personas licenciosas, ni los que radican en el goce (como consideran algunos ignorantes y opositores o que comprenden mal), sino el no sufrir con el cuerpo y el no carecer de serenidad en el alma. Pues ni las borracheras ni las orgías continuas, ni el gozar con